

# El Hechicero

Por Ovidio Surianu

(De la obra "Cheia Comorilor" - "La Llave de los Tesoros")

Traducción directa del rumano por Hugo Segovia

## Presentación

Nuestra Revista se honra de nuevo con la publicación de un segundo cuento de uno de los más destacados representantes de la actual literatura rumana: Ovidio Surianu, traducido directamente para nuestra publicación.

La literatura de Rumania (no Rumania, como acostumbrábamos decir), es casi completamente desconocida por nuestro público culto. Son muchos los que ignoran que los rumanos, a pesar de estar rodeados de eslavos por todas sus fronteras, hablan un idioma tan derivado del latín como el español, el francés o el italiano. Pero ese aislamiento ha impedido que los grandes escritores rumanos del siglo pasado y del actual sean conocidos en España y en los demás pueblos que hablamos su lengua.

Es verdad que tres escritores nacidos en Rumanía han logrado una amplia y merecida difusión mundial: nos referimos a Constantin Virgil-Gheorghiu, Vintila Horia y Mircea Eliade. El primero logró una fama inmensa con su novela "La Hora Veinticinco", pintura atroz, verídica e imparcial de los desastres materiales y morales de la última guerra mundial, que lo colocó en primera fila entre los grandes novelistas del siglo, fama que se ha visto mantenida por varios de sus libros posteriores. Vintila Horia ha triunfado también con "Dios ha nacido en el exilio", obra con la que, al recrear la vida del poeta Ovidio, ha impreso un nuevo giro y una nueva vida a la novela histórica. Eliade, por su parte, ha enriquecido la bibliografía de la historia crítica de las religiones y de la filosofía de la religión, con aportes que han contribuido en parte a dar a estas ciencias su actual preponderante importancia.

Pero estos tres grandes escritores, aunque nacidos en Rumanía, no pertenecen filológicamente a su literatura, ya que, por razón de su larga residencia en Francia, han empleado preponderantemente el idioma francés. En resumen: los

---

NOTA. — Véase además la Nota Introdutoria del cuento "Nació una Montaña" en el número anterior de la Revista.

## “El Hechicero”

poetas, novelistas y pensadores que escriben en rumano, son, desgraciadamente, desconocidos entre nosotros. Por ello creemos cumplir una misión de divulgación y de intercambio cultural al publicar la traducción, primera en español, de “El Hechicero” de Ovidio Surianu.

Nació este autor en Surdesti, provincia de Transilvania, el 28 de noviembre de 1918. Hizo sus estudios primarios en el pueblo natal, en la escuela dirigida por su padre y los secundarios en Baia-Mare (Liceo Gheorghe Sincai), de donde pasó a cursar la medicina en la Universidad Nacional de Bucarest, donde se doctoró en 1945. Desde sus tiempos de estudiante de secundaria se inició como escritor, pues publicó una novela corta en un periódico de Baia-Mare y algunos artículos de divulgación científica sobre los rayos cósmicos en revistas especializadas. Desde entonces ha seguido colaborando asiduamente en diversas publicaciones científicas. Dedicado al ejercicio de su profesión, sigue cultivando la literatura, a la cual ha dado una colección de cuentos: “La Llave de los Tesoros”, publicada en 1965 por la Editorial De la Juventud (Editura Tineretului) de Bucarest, y “Encuentro con Hebe” (Intilnire cu Hebe), que se publicará este año.

El cuento que publicamos a continuación es uno de los cuatro de la mencionada colección “La Llave de los Tesoros”. Basta leerlo rápidamente para darse cuenta de las preocupaciones científicas de su autor y, al mismo tiempo, de cómo éstas son incorporadas en forma admirable dentro de una construcción literaria. En otras palabras, “El Hechicero” es un modelo de cuento científico.

El cuento científico tiene una corta pero brillante trayectoria desde que Wells lo inició en idioma inglés a fines del siglo XIX. Pero su aparente facilidad, en esta época de veloces descubrimientos, ha desembocado en lo que se ha llamado literatura de ficción científica (science fiction), que es un mero subproducto, por no decir un deshecho, de la literatura.

En cambio, Ovidio Surianu ha logrado aunar el auténtico interés científico con la tensión de suspenso del verdadero cuento y con la emoción estética de la auténtica obra de arte. No vamos a resumir el argumento, porque esto serviría para frustrar el legítimo interés del lector. Tan solo reseñaremos algunos de los elementos que creemos confieren a esta narración el carácter de una obra maestra.

En primer lugar, la sobriedad: sobriedad en las descripciones cortas, pero plásticas y nítidas. Sobriedad en la escogencia de los personajes: solo dos bastan para mantener el interés del lector y para construir la relativamente complicada trama. Sobriedad en los episodios que hacen avanzar aquélla hasta el imprevisto desenlace final.

En segundo lugar, la característica: los dos únicos personajes no son meros esquemas, ni muñecos que sirvan para demostrar una tesis. Son personajes de carne y hueso, alma y cuerpo, con la psicología lo suficientemente concreta y variada para interesar a todo lector: el sabio ingeniero y el músico inspirado, que no se agotan en su ciencia ni en su música, sino que tienen facetas, cada uno, profunda y variadamente humanas.

Luego hay que destacar esa difícil fusión de imaginación y ciencia, en que fracasan casi todos los cultivadores de este género, y en el que sólo han logrado triunfar algunos maestros, como los ingleses Wells y Huxley. Porque, al tocar el tema de las ciencias naturales, biología y física, no se cae en la charlatanería ni en la mera visión utópica sino que se utiliza el instrumento científico como un instrumento de profundización en el alma humana.

Hay también en este cuento una sutil y oculta, pero evidente, intención humorística: humor fino que no se traduce en chistes ni despierta la risa, sino que

nos hace sonreír interiormente frente a determinados aspectos del espectáculo de la vida.

Quedan por analizar los aspectos puramente técnicos: la habilidad en el manejo del diálogo, la gradación del interés narrativo, y la sencillez y claridad del estilo. Por todo ello, "El Hechicero" merece una amplia divulgación en nuestro idioma.

La traducción que publicamos es obra del Profesor Hugo Segovia, ex-catedrático de latín y filosofía en la Universidad de Antioquia y otros centros educacionales de Medellín. Graduado en Filosofía y Letras en España, reside hace diez y seis años entre nosotros, donde ha publicado varios ensayos que reunirá próximamente bajo el título de "Apuntes de Pedagogía" y tiene en proyecto la publicación de unas "Disquisiciones Lexicológicas" que constituyen una gramática comparada de los idiomas romances. Es de esperarse que, con su conocimiento perfecto del rumano, nos siga ofreciendo traducciones de esta literatura hermana, tan desconocida entre nosotros y, sin embargo, tan destacada y sugerente.

René Uribe Ferrer

— I —

Las luces se apagaron en el instante en que Aurel Crisán penetró en la sala.

—¡Justo a tiempo!... —se dijo satisfecho, mientras se paraba junto a una columna porque no tuvo tiempo de encontrar su asiento.

Una lluvia de aplausos saludó la entrada del pianista; luego, volvió el silencio en medio del cual empezaron a resonar los primeros acordes de la conocida sonata de Arminio Tebaldi.

—¡Eh! ¿Quién es éste?... ¿Dónde lo habré visto antes? Me parece tan conocido... —pensó Crisán buscando afanosamente en su memoria en la "ficha de los músicos" la figura del artista.

Había vagado por las calles y apenas en el último instante decidió entrar al recitar sin que le interesara mayor cosa el programa. Esto ya le había ocurrido en otras ocasiones... Pero, ¿quién era el pianista?

Su semblante de rasgos finos, espiritualizados, encuadrado por una abundante cabellera de color castaño, ligeramente ondulada por encima de las sienes; los ojos grandes, abrasados por un fuego interior, mirando a veces hacia la lejanía, más allá de la muchedumbre que lo escuchaba y de las paredes de la monumental sala; sus manos maestras, como impregnadas por una corriente de impaciencia; su porte, sin afectaciones; todo esto, suscitaba en la mente del hombre apoyado en la columna trozos de recuerdos nebulosos. Nacían cual sombras en el infinito océano del olvido, hundiéndose de nuevo en el olvido para quedar allí definitivamente sepultadas o para volver a surgir a flote con más insistencia en el siguiente instante, arrastrando consigo otros pedazos de recuerdos hasta que, de todo esto, logró amalgamarse la imagen de un muchacho travieso, de ojos brillantes, siempre con la sonrisa a flor de labios, siempre dispuesto a saltar por encima de los pupitres, para hacerse el gracioso ante sus compañeros y exasperar a los profesores con sus travesuras y sus necedades de estudiante inquieto.

—¡Es Poenaru!... —recordó de pronto Crisán. —Dorín Poenaru, mi compañero de colegio... ¡Qué extraño!...

No lo había vuelto a ver desde el último día de clases, hacía ya algunos años.

Contento con haber establecido la identidad del concertista, Aurel Crisán se dejó arrobar por la belleza de la música, hasta que los últimos acordes de la sonata se desvanecieron entre los atronadores aplausos y las luces volvieron a encenderse.

—Veamos, —se dijo él entonces. Tengo mucha curiosidad por ver si me reconoce.

Y se encaminó apresuradamente hacia la salida. Era un hombre de recursos, de modo que no le fue difícil penetrar hasta el camerino de quien buscaba. El pianista, quien ya se había puesto cómodo quitándose el saco y la corbata, lo recibió en la puerta, tal vez un poco contrariado por visita tan inesperada, pero en cuanto lo reconoció se le iluminó el semblante de alegría.

—¡Aurel!

—¡No te lo esperabas! —¿Verdad?

Las manos se estrecharon con todo el calor y los ojos brillaron asomándose en ellos la alegría del reencuentro, inesperado para ambos.

—¡Entra, Aurel! —Toma asiento... Allí..., empuja las partituras o colócalas sobre la mesa... Así... ¡Qué agradable sorpresa!...

—Ciertamente. Y yo que ni siquiera sabía que eras pianista...

Dorín Poenaru, dominando difícilmente su alegría, puso una cara de hombre ofendido:

—¡Bonito! —Muy bonito como para celebrar mi ingreso a la galería de las celebridades... —Luego, tomando asiento junto a su amigo, le preguntó con aire de cierta complicidad: pero, ya que estamos en ésas, tú ¿en qué te ocupas?

Crisán sacó despreocupadamente su tabaquera.

—¿Se puede fumar? —Y al notar la aprobación del pianista, encendió con elegancia un cigarrillo, antes de contestar: —Soy ingeniero en **Quántica**...

—¡Oh! —Debí figurármelo. Tu eras el “arreglalo todo” de la clase... ¿Te acuerdas aún de tu “aventura” cuando modificaste el programa del planetario? “El astrónomo” aún estará preguntándose quién le habría hecho “aquello”...

—Parece como si tú...

—¿Yo?, —¡Por favor! —Yo era el muchacho más tranquilo y menos travieso de todo el universo. Tan sólo me gustaban los conciertos y los espectáculos musicales. ¡No seas así! Ni siquiera te alegras de haberte encontrado con un compañero de colegio, hoy artista muy conocido... Yo, en aquella época de mi vida, no me perdía ni un sólo concierto, ni siquiera durante los exámenes, cualquiera hubiera sido el obstáculo que se me hubiese presentado. ¿Te acuerdas del concierto de Annelise Brecher? Con dos semanas de anticipación se habían agotado las localidades... Y yo quería a toda costa oírla y verla en persona, no sólo en la pantalla del televisor. La víspera del recitar me escondí en el escenario, detrás de las bambalinas...

Aurel Crisán se echó a reír.

—¡Ah! Ya lo recuerdo. Cuando le cayó el telón encima.

—Exactamente. Allí estuve veinticuatro horas, sin probar bo-

cado, por entre palacios y bosques de tela, plástico y cartón. Y cuando empezó a cantar yo me encontraba a pocos pasos de ella, entre los pliegues de unos cortinajes de terciopelo rojo, totalmente embelesado... Aún no me explicó por qué y cómo cayó el cortinaje. Creo que me había enredado entre los pliegues colgándome de las telas con todo mi peso, olvidándome en aquellos dulces momentos de éxtasis de los cuarenta y cinco kilos de mi humanidad... ¡Todo fue como si se hubiese hundido el firmamento...! —¡Y la pobre Annelise!... De pronto la ví nadando entre olas de terciopelo...

Los dos amigos reían con ganas recordando aquella escena que había aterrorizado por un momento a los miles de espectadores y a los millones de televidentes de aquel inolvidable recital.

—Y el regaño que me gané cuando regresé a casa... ¿Sabes que me acordé de aquel percance no hace mucho cuando precisamente me tocó acompañar a Annelise Brecher en un concierto en Bucarest? —¿No fuiste a escucharla? —¡Oh! pero si eres un auténtico campesino, Aurel. ¡Lástima!... El pianista se tornó de pronto soñador y continuó: —No había cambiado casi en absoluto. Los años parecían como si hubiesen pasado por cerca de ella sin siquiera tocarla, y la voz, aquella voz... Cuando la escucho, sin querer pienso enseguida en los ruseñores. Parece pueril, ya lo sé, pero ésta es la imagen que me sugiere. Escuchando su maravillosa voz, cierro los ojos y me veo vagando por ensoñadores parajes en noches de luna... El ambiente tibio trae y lleva aromas indefinidos, chirrían los grillos, vuelan las luciérnagas, susurra el arroyo, el follaje se mece suavemente y, por sobre todas estas cosas, se elevan melodiosamente los trinos de los ruseñores... —¿Por qué te has turbado, Aurel?

Aurel Crisán despertó como de un sueño.

—¡Oh!... no es nada. Pensaba en todo lo que me estabas contando, en tu cantante preferida, esa Annelise Brecher a la que enseñaron a cantar los ruseñores.

—¡Pero si no la enseñaron los ruseñores, Aurel!

El ingeniero se levantó despaciosamente, mientras lo miraba con cara extrañada:

—¿Cómo lo sabes? —Su pregunta se escuchó grave, en contraste con el tono de la conversación anterior.

Poenaru, extrañado un tanto del cambio brusco que leyó en los ojos de su amigo, se echó un poco hacia atrás. Entonces Aurel Crisán replicó con semblante sonriente:

—No soy precisamente un lego en la materia; temo sin embargo, que ya finalizó el descanso y tendré que marcharme cuando aún tenemos tantas cosas que contarnos...

Inclinó pensativamente la cabeza para levantarla luego repentinamente, con los ojos iluminados, como si se le hubiese ocurrido una idea feliz. —¿Sabes una cosa, Dorín? Vén mañana a mi casa, te lo ruego. Quisiera mostrarte algo... Algo que no conoces y tengo el convencimiento de que mañana te apasionará la *técnica* así como a mí me apasiona tu arte... Desde el umbral le estrechó la mano una vez más. —¡Hasta mañana!

El pianista, entre intrigado y dudoso, le contestó:

—Hasta mañana, Aurel...

Y, mientras iba camino del escenario, se preguntó: —¿Qué habrá querido decir "El Hechicero"? ¿Qué me va a apasionar la técnica así como...? ¡Hm! Mañana lo veremos...

— II —

Aurel Crisán acabó de apretar un pequeño tornillo, luego, contemplando con satisfacción el curioso aparato que estaba construyendo, se dirigió a su joven visitante para continuar la conversación interrumpida hacia breves momentos.

—Parece que no me has entendido del todo bien, Dorín... Yo no me refiero al tiempo en el sentido de la teoría de Einstein, sino a algo totalmente distinto: a la duración. En realidad, un sueño, por ejemplo, dura apenas una fracción de segundo. A pesar de esto, necesitamos de algunos minutos para contarlo, para describir las innumerables peripecias, a veces entrelazadas de manera lógica, las cuales se han desarrollado en un sólo segundo. La conciencia, empero, las registró en su tiempo normal, es decir, al ritmo normal de los fenómenos reales. Conoces, sin duda, la técnica de la cámara lenta en el cinematógrafo...

El ingeniero calló, dándose cuenta de que no tenía a quién hablarle. El joven pianista Dorín Poenaru estaba demasiado ocupado, examinando con infinita curiosidad el montón de equipos que llenaba las dos piezas.

—Por lo que puedo apreciar, has transformado el apartamento en una especie de taller o laboratorio... ¿No te estorban todas estas cosas? Y señaló con un gesto amplio todo lo que veía en su alrededor.

—¿Qué? —¿Los aparatos? —¡Ni en lo más mínimo! Por el contrario, sólo entre ellos me encuentro a gusto y como si estuviera en mi casa... Si esto no me apasionara, ¿a qué podría dedicar mi tiempo libre?

Había pronunciado las últimas palabras con un candor verdaderamente desconcertante. Poenaru, quien sabía que en los ratos libres se podían hacer otras muchas cosas, le dió una palmadita en el hombro y, sonriendo, le contestó:

—No has cambiado en nada, Aurel, y sigues siendo tan extraño y tan ocurrente como te he conocido siempre...? Aún recuerdas cómo te habían apodado en el Colegio? ¡El Hechicero! Y esto porque habías dado pié a ello con las pequeñas truculencias que te ingeniabas todos los días...

Por un momento, Poenaru quedó pensativo, recordando algo relacionado con su viejo amigo; luego, echando una vez más su mirada por todo el apartamento, añadió:

—Hoy, cuando te veo entre tanto aparato ingenioso, pienso que eres más hechicero que nunca...

El ingeniero se arrellanó en un sillón, encendió un cigarrillo y, sumiéndose en medio de una nube de humo, empezó a soñar:

—¡Hm! —¡De hecho no te puedes figurar cuánto me parezco a un hechicero! No precisamente al estilo de Merlín, pero sí al de Edi-

sen... ¿Sabías que a Edison sus coetáneos lo habían apodado "El Hechicero"? Pues bien, yo también, con la ayuda de mis aparatos, puedo realizar cosas que, en otros tiempos, hubieran pasado por auténticas hechicerías.

El pianista sonrió.

—¿Y me lo dices a mí? —Yo también tengo un instrumento con el cual hechizo a las multitudes: el piano.

Por un momento temió haberlo disgustado, pero Crisán continuaba fumando tranquilamente su cigarrillo.

—Tienes razón... A tu manera, también eres un hechicero... ¡Un gran hechicero! Me dí cuenta de ello anoche, durante el concierto... Y apagando en el cenicero el cigarrillo fumado apenas a medias, añadió: —¿Sabes que casi no te reconozco? Qué quieres, han pasado tantos años sin vernos...

—Y cuando piensas que ambos vivimos en Timisoara desde hace tanto tiempo... La verdad es que, si no hubieses ido anoche al recital y no me hubieras invitado hoy a tu casa... A propósito, decías que me ibas a mostrar algo interesante...

Aurel Crisán pareció no oírlo.

—Conque, eres pianista... ¡Hm! —¿Te contentas sólo con interpretar? —¿Aún no has compuesto nada?

—¿Componer? —y Poenaru volvió a sonreír. —Lo he intentado. Todo artista lo intenta.

El ingeniero, con un pequeño destornillador en la mano, reanudó su trabajo interrumpido desde hacía rato.

—Anoche me trataste de principante; se trataba, naturalmente, de la música y creo que me lo dijiste sólo en broma. Lo cierto es que me gusta la música, aunque no soy un legítimo melómano... Colocó el destornillador sobre la mesa y miró atentamente a su interlocutor. —Me gusta, sobre todo, la **Serenata Castellana** de Pablo Suárez. Es mi pieza favorita. Sería capaz de escucharla durante horas y horas...

—¿**Serenata Castellana**? —El pianista pensó por un momento, intentando recordar aunque inútilmente, la melodía favorita de su amigo. —No la conozco, —reconoció al fin. ¿Quiéres recordarme algunos compases?

Esta vez le tocó sonreír al ingeniero.

—No me atrevo a cantártela. Yo apenas me considero capaz de escucharla, no de interpretarla. Por otra parte, añadió con cierta indiferencia, tampoco es algo del otro mundo. A mediados del siglo pasado la tarareaban todas las parejas de enamorados...

Se levantó de su sillón y se acercó a una mesa cargada de instrumentos, situada en un rincón.

—Y, ya que estamos hablando de música, voy a cumplirte mi promesa: he querido mostrarte un aparato que suscitará tu interés, sin la menor duda. Es mi último invento y es probable que algún día se le encuentre su más hermosa aplicación, justamente en el arte que practicas tú. Por eso he deseado tanto que lo conozcas, que opines acerca de él...

El pianista se acercó, no exento de curiosidad. No entendía mayor cosa de todo aquel conjunto de bobinas, resistencias, conden-

sadores, transistores y tubos unidos en serie, de formas extrañas, y otras piezas incontables, totalmente desconocidas para él. En medio de todo este maremagnum, una verdadera tela de araña formada por alambres aislados, en una muy variada gama de colores.

—No pienso aburrirte con muchos detalles técnicos pero, para que te des cuenta perfecta de qué se trata, serán, sin embargo, totalmente necesarias algunas aclaraciones. Con este aparato se puede oír, al igual que con el oído... ¿Por qué te extrañas? Exactamente lo mismo que con el oído, al que puede sustituir perfectamente. Te lo voy a explicar con más claridad. Tú sabes que a los órganos de los sentidos les corresponden centros propios en las circunvoluciones del cerebro... No te asustes, ya que no es mi intención dictarte una clase de fisiología o de anatomía del sistema nervioso; tan sólo quiero recordarte que sobre estos centros actúan, fuera de los acostumbrados, otros factores, provocando o modificando las sensaciones específicas. Un dolor repentino, un golpe, sobre todo en la región craneana, provocan sensaciones luminosas. Son las así llamadas “estrellas”. Los intoxicados con santonina lo ven todo de un color violáceo ya que esta sustancia actúa sobre los centros ópticos... Pues bien, **yo he descubierto la manera de actuar sobre los centros auditivos por medio de los nervios táctiles...** Un momento, Dorín ¡No te apresures! Deja, por favor, tus observaciones para más tarde. Primero déjame demostrarte cómo lo que te acabo de afirmar es la pura verdad. Mira, siéntate ahí, tranquilo... Así. Ahora, coloca tus manos sobre este disco. Así... Las palmas de la mano tocando el disco, estirando bien los dedos... Exactamente. ¿Te extrañan estos dibujos? El disco no tiene una superficie homogénea. Esta está cubierta por una infinidad de células hexagonales. Muy bien... Ahora, pondré en marcha el aparato. Pón atención y dime qué oyes...

Diciendo esto, el ingeniero abrió el conmutador. Debido más al asombro que a alguna sensación desagradable, el pianista retiró sus manos casi de repente.

—Tén las manos encima del disco, Dorín, y dime qué oyes. No tengas miedo que eso no quema...

Luego de una pequeña indecisión, el visitante colocó de nuevo sus manos encima del disco.

—¿Se escucha algo?

—Sí. Es el vals de Coppelia, interpretado al piano.

Dorín Poenaru sostuvo el aliento, agachó la oreja hacia el aparato, levantó una mano, luego levantó la otra, después las colocó de nuevo encima del disco, intentando comprender **el cómo se escuchaba aquello “al tacto”**.

—Probablemente hay algún contacto en alguna parte y lo que oigo en realidad es un aparato acústico —pensó.

El ingeniero le alargó un pedazo de cera que, desde hacía algunos minutos, estaba amasando entre los dedos.

—Tápate los oídos...

El pianista pensó un instante; luego, encogiéndose de hombros significativamente, aceptó la cera.

—Ensayemos así también...



Nunca hasta ahora se había tapado los oídos con cera, así que no confiaba demasiado en su habilidad. Con todo, lo consiguió mejor de lo que había esperado.

—La verdad es que ya no oigo nada —se dijo.

Colocó nuevamente sus manos, con los dedos bien estirados, sobre el disco del aparato.

—Esta vez es la “Balada” de Cipriano Porumbescu, interpretada al violín...

Por el movimiento de sus labios y por la mímica, comprendió que su amigo le decía algo.

—¡No te oigo! —Aguarda a que me saque la cera de los oídos.

Con la ayuda de Crisán, logró librarse de los tapones de cera en unos instantes. Sus ojos brillaban intensamente. Tenía la cara encendida y, con las manos tendidas hacia las del ingeniero, exclamó entusiasmado:

—¡Formidable, Aurel! —¿Podrán los sordos servirse de tan maravilloso aparato?

—Por supuesto que sí, pero sólo aquellos que no tengan lesiones muy graves en los centros auditivos...

—Hay, por consiguiente, cierto límite...

—Naturalmente... Pero no como hasta ahora. Piénsalo bien: las prótesis auditivas, por muy perfeccionadas que sean, apenas corrigen la deficiencia del oído, aumentando los sonidos y conduciéndolos hasta las proximidades de los nervios receptores; con mi aparato, en cambio, podemos prescindir del oído y del nervio acústico. ¿No es éste, acaso, un verdadero progreso?

Con las manos extendidas sobre el disco, con la mirada perdida en el infinito, Dorín Poenaru cabalgaba sobre los lomos de sus pensamientos... Crisán le observaba atentamente todas las reacciones, todo lo que podía leerse en el semblante o en los ojos.

—¿Y bien?

El pianista volvió en sí.

—Estoy escuchando ahora el poema de Eminescu “El Lucero”... —¿Tú sabes lo que yo escucho en cada momento?

—Apenas con aproximación. ¿Cómo te parece todo esto?

—¿Crees que vale la pena?

—No cabe la menor duda. Sin embargo, hay algo que no acabo de entender: yo creía que los órganos de los sentidos reaccionaban ante excitaciones específicas...

—De ordinario así ocurre, pero no siempre. Existen también excitantes no adecuados, como podría ser la corriente eléctrica.

—Sí. Ya me has dado algunos ejemplos más.

—Podría darte por lo menos veinte. ¿Sabías que los nervios de la piel perciben la luz como también el sonido? El flujo nervioso provocado por estos factores cuando actúan sobre la piel es tan débil que no alcanza a transpasar el umbral de la mera percepción. Pues bien, al menos en cuanto al sonido, yo he logrado aumentarlo. Podría decir que en este aparato se origina un auténtico flujo nervioso artificial, el cual se propaga a lo largo de los nervios como por unos conductores...

—¿Flujo nervioso artificial? Nunca había oído hablar de semejante cosa...

—Y no lo oírás en ninguna otra parte. Se trata de una corriente de iones neurótopos, con electividad especial para los centros auditivos del cerebro...

—Pero, ¿no decías que no querías cansarme con demasiados detalles técnicos?...

El ingeniero se echó a reír.

—Yo sólo quería enterarte...

—Mira, por hoy ya está bien de teorías. Prefiero que me muestres el lado práctico de todo esto.

Los dos amigos permanecieron más de dos horas junto al aparato inventado por Aurel Crisán. El ingeniero hacía diversas demostraciones, al mismo tiempo que Poenaru se encargaba de decir o repetir **todo lo que oía por medio del tacto**. Esto los abstraigo tanto que ni siquiera se dieron cuenta de cómo pasó el tiempo. Apenas cuando su amigo encendió la luz, se dió cuenta Poenaru de lo tarde que era.

—Debo marcharme, Aurel... Le echó una última mirada al aparato y añadió: ¿sabes que me interesa muchísimo tu invento? Y no es de extrañar: mi arte se comunica a los hombres mediante el oído. La posibilidad de llegar con la música hasta el alma de los que no oyen, de enriquecerles esta alma mediante emociones que hasta ahora no les han sido accesibles, de transmitirles el mensaje del arte cultivado por Beethoven y Bach, por Tchaikovsky y Chopin... ¿Qué cosa puede ser más maravillosa? —¿Me permites que vuelva a visitarte de vez en cuando?

El ingeniero le estrechó la mano, sacundiéndosela con fuerza, mientras la voz le traicionaba un tanto la turbación que le dominaba:

—Es más: te ruego que vuelvas... Yo no había pensado que mi aparato podría servir para transmitir unas emociones artísticas a aquellos enfermos para los cuales ha sido la música, al menos hasta ahora, ciertamente inaccesible. Te agradezco mucho el que hayas tenido el acierto de pensar en una utilización justamente de mi gusto porque, en realidad, yo no deseo otra cosa distinta a la de ser útil a mis semejantes, especialmente a aquéllos atormentados por alguna dolencia... Es cierto que he pensado en aquellos sordos a los que no les surten efecto las prótesis auditivas. Desde el primer momento me he sentido impelido hacia este quehacer para poder derribar el muro de silencio que los separa de la manifestación sonora del mundo, pero nunca había considerado el problema a través del prisma musical... No dejes de visitarme, Dorín. El volverte a ver por aquí, será para mí siempre una gran satisfacción. De la oficina acostumbro llegar directamente a casa y no salgo casi nunca sino por la noche, cuando voy a algún espectáculo.

Al salir, permanecieron unos instantes más en la puerta.

—¿Sabes por qué te he preguntado si eras también compositor? Quisiera hacer un nuevo ensayo con mi aparato. Para esto, necesitaría grabar una melodía, pero en presencia de su autor...

—No comprendo por qué debería ser en presencia de su autor. Yo podría recomendarte a algún compositor. Conozco bastantes...

El ingeniero se apresuró a interrumpirlo con un gesto:

—En realidad, no se necesitaría la presencia del autor... Por ahora, sin embargo, te ruego no cuentes a nadie lo que sabes de mi aparato. ¿Me lo prometes? —¿Por qué no compones tú una melodía, aunque sea sencilla? Estoy convencido de que lo vas a lograr. Y añadió sonriendo: Probablemente amas a alguna mujer... Dedícale esa composición, ya que el amor ha sido siempre fuente inagotable de inspiración para los artistas...

Poenaru sonrió alegremente, mientras se despedía de su antiguo compañero con un nuevo apretón de manos.

—Bien, lo intentaré.

—Inténtalo. Te espero... Hasta pronto, Dorín.

— III —

Mientras regresaba a su casa, Poenaru se entretuvo pensando en las cosas extrañas que su antiguo compañero de estudios le había hecho conocer. Buceando en el mar de sus recuerdos, encontraba en Aurel Crisán una vez más un algo que lo fascinaba, lo atraía, le despertaba un interés y una curiosidad incontenibles. La víspera lo había reconocido inmediatamente, a pesar de que, al paso de los años, había cambiado bastante. Alto y delgado, el ingeniero Crisán tenía el aspecto de aquellas personas a las que, una vez conocidas, no es fácil olvidar: un perfil afilado, como el de una herramienta cortante, dominado por una frente despejada y un tanto abombada, acentuada por un comienzo de calvicie por ambos lados; la nariz no muy exagerada, un poco aguileña, arrancaba con firmeza desde la base de la frente por entre dos ojos de mirada particularmente penetrante, descendiendo hacia una boca de labios finos. El mentón de aspecto enérgico y la "manzana de Adán" prominente completaban el perfil de este hombre inteligente y emprendedor. En la empresa donde prestaba sus servicios lo estimaban sobremedida. A pesar de llevar una vida más bien retraída y no tener muchos amigos, sin embargo no era una persona insociable. Sus trabajos lo mantenían permanentemente ocupado y a ellos le dedicaba casi todo el tiempo libre. Aunque en **Quantica** había realizado bastantes innovaciones, trabajando en equipo con sus compañeros, con todo, en su casa tenía sus aparatos en los que se ocupaba solo, derrochando en esta actividad una inmensa inventiva y gran parte de sus ganancias.

—En la empresa, trabajo, —acostumbraba decir—, y en la casa me distraigo.

Su "distracción" consistía en intentar resolver una serie de problemas de técnica electrónica, así como otros se distraen resolviendo problemas de ajedrez o de palabras cruzadas.

Dorín Poenaru desconocía todos estos detalles, pero, habiendo reencontrado a su amigo en un ambiente como el de su casa, el antiguo apodo debido a sus compañeros de colegio, se le vino a la memoria involuntariamente. En realidad, el ingeniero tenía razón: lo que había logrado con su aparato, en otros tiempos hubiera sido considerado como verdadera hechicería. ¡Oír con la ayuda de los nervios táctiles!... El joven concertista sabía que algunas vibraciones que producen sonidos podían percibirse al tacto. El mismo había experimentado alguna vez

las vibraciones de las cuerdas del violín. Pero, de ahí a poder escuchar algunas melodías y palabras “al tacto”, había una enorme distancia. Este hecho pertenecía ciertamente a los dominios de la fantasía y pensaba que las consecuencias de un descubrimiento de esta índole podrían ser incalculables ya que abrirían la perspectiva a nuevas vías de conocimiento, mediante una eventual ampliación del espectro de las sensaciones. El invento le interesaba, sin duda, ante todo por su importancia para el arte. ¿Qué innovación podría aportar éste en el campo de la música? Ciertas categorías de sordos serían, indudablemente, sus grandes beneficiarios: para ellos quedaría definitivamente abierto al maravilloso universo de los sonidos con todos los tesoros del arte inspirado por Euterpe. Pero, había algo más. ¡Debía haberlo!... Porque ¿cómo debía entenderse el deseo manifestado por Crisán de grabar una melodía en presencia de su autor?... Y, ¿qué significaba para el ingeniero **grabar una melodía**? Sin duda alguna, los sonidos quedarían grabados como en cualquier banda magnetofónica. De allí los recogería el aparato, los transformaría en corriente eléctrica y los transmitiría al disco cuya superficie estaba conformada por un mosaico de infinitas y minúsculas formas hexagonales para que, luego, fueran asimilados por los nervios táctiles bajo la forma de cosquillas apenas perceptibles. Todo este proceso, era fácil de comprender. Pero la presencia del autor... ¿Por qué sería indispensable la presencia del autor?... En fin, este quedaba por verse porque... ¡Sí, él iba a componer una melodía! Lo había intentado otras veces y ahora se extrañaba por la poca perseverancia en su empeño. ¿Por qué se habría dedicado por entero a la sola interpretación?...

Ocupado en tales pensamientos, Dorín Poenaru llegó a su casa. Tenía un apartamento confortable, aunque para él el confort no significaba gran cosa. Para él, lo más importante era el piano y frente a éste se paró en cuanto hubo cerrado la puerta. Desde una foto estereoscópica colocada encima del piano, lo recibió sonriente Carmen, su prometida. Cogió la foto y le devolvió la sonrisa mirándola embelesado. ¿Habría acertado Crisán en pensar que él estaba enamorado? O lo habría aconsejado así, al azar, que recordase a la mujer amada para poder inspirarse mejor... No. Crisán no tenía por qué saberlo. No se habían visto desde hacía tanto tiempo... Pero, ¿quién no sabe que el amor inspira con frecuencia a los artistas? Y él, Dorín Poenaru, ¡estaba enamorado! Tal pensamiento hizo que se le sobresaltara el corazón y que la felicidad le asomara en el semblante. La idea sublime del amor se entronizó en su mente y acabó por exclamar: “¡Oh, amor, amor! ¡Ningún arte te ha descrito con tanta maestría como la música!...”

Volvió a colocar la foto en su lugar mientras se sentaba al piano. Sus dedos, finos y habilidosos, recorrieron el teclado de un extremo a otro. Luego volvieron a empezar el mismo recorrido llenando el ámbito con una cascada de sonidos y acordes. De momento no tenía ninguna intención determinada ni tampoco pretendía componer nada. Las notas arrancadas al piano le procuraban un misterioso deleite que él hubiera deseado saborear tranquilamente, sin pensar en nada. De pronto, dejó de tocar. Las manos se pararon como suspendidas en el aire. Aplicó una oreja con atención hacia el teclado porque le pareció haber escuchado un acorde interesante. Intentó repetirlo y lo lo-

gró con la mayor facilidad. Incluso, a este primer acorde le añadió otro, como si el segundo hubiese sido el complemento necesario del anterior. Sus ojos se encontraron con la foto que tenía delante, encima del piano, y le sonrió de nuevo... ¡Es verdaderamente hermosa Carmen!... Se parece mucho a... ¿A quién se le parecía tanto Carmen...? Por su mente empezaron a desfilar algunas de las celebridades de la escena y de la pantalla. No. Decididamente, Carmen era distinta... Carmen... Carmen... ¡Ya! —Se parece mucho a una española... Cerró los ojos y se le antojó que la mujer de la foto le sonreía picarescamente por encima de un hermoso abanico mientras ejecutada las piruetas de un zapateado. Entre tanto, sus dedos seguían resbalando sobre el teclado. A los dos acordes iniciales añadió otros y, de pronto, Poenaru se dió cuenta que todos ellos unidos podrían constituir el comienzo de una melodía.

—Decididamente, Carmen es la musa!, exclamó él mientras buscaba afanosamente papel y alguna herramienta para escribir. En la tapa trasera de una partitura que tenía a mano escribió apresuradamente los primeros compases de la nueva melodía. ¡Carmen es la que me inspira, indudablemente! Hasta los acordes parecen tener un matiz genuinamente español...

Dorín Poenaru permaneció frente al piano hasta muy tarde, escribiendo las notas que se sucedían como si las unas llamasen a las otras. Tenía la impresión de que se le estaba cuajando la melodía en el cerebro con mucha facilidad, como si la hubiese conocido desde quién sabe cuándo; con todo, para él era algo nuevo y original. El pianista, poseedor de una vasta cultura musical, podía darse cuenta cabalmente de que se trataba de una verdadera creación. Probablemente no en un sentido del todo moderno, lo que por lo demás, no le disminuía en absoluto su valor.

Cuando, ya cansado, trazó en el último pentagrama las dos rayas verticales que indicaban la finalización de su obra, Dorín Poenaru se dijo lleno de satisfacción:

—Crisán me dejó admirado, no hay duda, pero yo no me voy a quedar atrás. Lo dejaré admirado a mi vez, al ver con cuánta rapidez y facilidad compuse la melodía solicitada. ¡Y qué melodía! Pienso que apenas hoy acabo de descubrir mi auténtica vocación: la de compositor. ¡He aquí el aspecto de la música al que dedicaré, de hoy en adelante, el resto de mi vida!

— IV —

Aurel Crisán recibió a su amigo en la puerta, con un destornillador en la mano.

—¿Te incomodo? Como puedes ver, he aprovechado tu invitación y, héme aquí, de nuevo...

El ingeniero lo miró con atención, como si hubiese querido leer en su cara la contestación a la pregunta que en su interior se hizo en el momento de abrirle la puerta.

—No. No me incomodas en absoluto. Al contrario: te esperaba...

—¿Me esperabas? —el pianista no pudo disimular su extrañeza.

Aurel Crisán quiso rectificar:

—Quise decir— es decir... me figuraba que ibas a venir. ¿A caso no te había invitado?...

Diciendo esto, condujo a su invitado hasta un sillón.

—Siéntate, por favor...

—Gracias. ¿Muy ocupado?

—Casi, aunque no vale la pena... Siempre me encontrarás ocupado.

Cambiaron aún algunas palabras intrascendentes. Después, Dorín Poenaru abordó directamente el tema.

—¿Sabes que anoche, puesto que no tenía nada qué hacer, pensé componer una melodía, así como habíamos convenido...?

El ingeniero, mostrando interés, le preguntó:

—Y... ¿lo has logrado?

Con un gesto de estudiada modestia, el pianista le alargó la partitura.

—Bueno, no será algo extraordinario pero, así como tú lo dijiste: algo sencillo... Me pareció que estaba inspirado...

Aurel Crisán tomó los papeles, les echó una mirada y luego se dirigió hacia un cajón de donde extrajo una partitura y se la entregó a Poenaru. Este miró interrogativamente a su amigo; luego, ante un ademán de aquél, miró la partitura. No había observado bien los primeros compases, cuando se paró de repente, con la cara pálida y el semblante descompuesto por el nerviosismo:

—¿Qué significa esto?

En contraste con la agitación de Poenaru, Aurel Crisán mantuvo la misma calma que lo caracterizaba siempre.

—¿Me preguntas qué significa esto? Como puedes verlo, es la misma melodía, sólo que allí se titula “Fantasía Española” y lleva la firma de Dorin Poenaru, mientras que aquí lleva el título de “Serenata Castellana” compuesta por Pablo Suárez...

El pianista arrancó de la mano de Crisán la partitura, la comparó con la que él tenía delante, las miró, las examinó y las volvió a examinar hasta que, ante la evidencia, acabó por declararse vencido. Entonces se dejó caer pesadamente en su sillón con aire cansado. Apenas después de un rato se sintió capaz de articular algunas palabras...

—¡Dios mío! —¿Qué farsa es ésta?... Menos mal que Carmen no lo sabe aún...

El disgusto, la amargura, el desaliento, la indecisión... todo se había apoderado de él de una vez... ¿En qué quedaba su hermosa composición? Y, a pesar de todo esto, no era capaz de dominar un sentimiento de admiración hacia su amigo, el cual, sin la menor duda era el autor de todo esto. Con los dedos temblorosos aún se aflojó el cuello de la camisa y la corbata mientras Crisán, cruzados los brazos, lo miraba tranquilamente, como si lo estuviese estudiando. Exasperado por tanta calma, Poenaru estalló:

—¡Dí algo, Crisán! —¡Díme de una vez cómo lo hiciste!... ¡Hechicero!...

—Si eres tan curioso...

—¿Curioso? —¡Tengo ganas de...! ¿No ves que me muero de impaciencia por saberlo?

—Pues bien: admitirás ante todo que esta “Serenata Castellana” no la compusiste tú sino Pablo Suárez quien vivió hace más de un siglo...

—¡Admitido! ¡Lástima que se olviden con tanta facilidad melodías tan hermosas! Continúa...

—Ayer, después de asegurarme que desconocías la melodía, a pesar de habértela recordado —sin que te dieras cuenta— con la ayuda de mi aparato...

—¿Sin darme cuenta?

—Exactamente. Después, también sin darte cuenta, te la aprendiste de memoria así como también una frase por medio de la cual te comprometías a “componerla” en cuanto hubieses llegado a tu casa y traérmela hoy...

—Esto suena a hipnotismo, sugestión o algo parecido, pero yo no recuerdo que me hubieses hipnotizado ayer...

Aurel Crisán se sentó también en un sillón.

—Por distintos caminos se puede llegar a los mismos resultados. Por ejemplo, las sugerencias que se nos hacen durante el sueño hipnótico se graban en los centros nerviosos sin nuestro consentimiento, a pesar de que las percibimos mediante los órganos de los sentidos. —Asimismo, sin tu consentimiento, te he transmitido, como “de contrabando”, la melodía con la ayuda de mi aparato. ¿Cómo lo hice? En seguida te lo voy a explicar.

El ingeniero se levantó y puso en movimiento un artefacto, el cual no era otra cosa que un magnetófono muy perfeccionado.

—Aquí está todo el “repertorio” que tú escuchaste ayer “al tacto”. Esta vez puedes escucharlo normalmente. Pero dime, por favor, si notas algo extraño...

Dorin Poenaru escuchó unos diez-quince minutos melodías interpretadas por diversos instrumentos, frases, poesías y algunos ruidos conocidos.

—Y bien...

—No noto nada raro...

—¿Quiéres que te ayude? Pón atención: de vez en cuando, a intervalos iguales, con regularidad, se escucha un pequeño ruido, corto y estridente. ¿Puedes apreciarlo?

Con esta advertencia, el pianista distinguió con claridad unas breves estridencias entre dos notas de una misma melodía, o entre dos palabras de una misma frase.

—Es la “Serenata Castellana” y la frase de la que te hablé, extraordinariamente “concentradas”. Lo podrás apreciar mejor al reducirle la velocidad.

El ingeniero apretó un botón en el momento preciso en el que pasaba la cinta por uno de aquellos ruidos. Las notas de la melodía bajaron a sus más graves tonos, alargándose extraordinariamente al mismo tiempo. En un momento determinado dejaron de escucharse para dar lugar a la “Serenata Castellana” interpretada al piano con una ra-

pidez inverosímil, en los más agudos tonos. Manejando el botón, Aurel Crisán la puso en su ritmo y tonalidad normales.

—¿Te das cuenta? Los centros nerviosos la captan, aún en su forma más breve, en el umbral mismo de la percepción, diríamos, confiándosela después a la conciencia pero con su duración normal. Algo semejante ocurre con los sueños, los cuales son registrados por los centros nerviosos en una fracción de segundo —lo que, por lo normal, dura un sueño...

Dorín Poenaru no pareció entender mucho y la pregunta que hizo no fue del todo "técnica":

—¿Cada vez se repite la melodía íntegra?

—Claro que sí. Además, debías aprendértela de memoria... ¡Durante las dos horas, la escuchaste ayer unas sesenta veces! —Luego de encender un cigarrillo continuó: Debes saber, sin embargo, que el procedimiento no es totalmente nuevo ni original tampoco. Hace algunos años, ciertas firmas comerciales habían recurrido al sistema de colocar propaganda entre dos imágenes de una cinta cinematográfica. Esta propaganda se sucedía con tanta celeridad que los ojos no tenían tiempo suficiente para "verla". A pesar de ello, era registrada por los centros nerviosos, quedando en el subconciencia e influyendo con frecuencia en la determinación de los posibles compradores de aquellos artículos cuya propaganda se hacía con semejante sistema. El procedimiento fue tachado de inmoral y muchos hombres de negocios, de los mismos países donde esto se hacía, lo criticaron acerbadamente.

Dorín Poenaru, aún bastante afectado por el inesperado vuelco que habían tomado sus intentos de compositor, se levantó, listo para marcharse. Con un tono casi solemne, consideró necesario hacer esta aclaración:

—He sido víctima de una mixtificación y no me pesa: ¡a este precio he podido conocer un invento maravilloso!...

—¡Dorín, perdóname! —le interrumpió el ingeniero. Tenía que hacer esta experiencia con alguien. Habiéndote encontrado en el recital y recordando lo bien que nos entendíamos en otros tiempos, tú y yo, escuchándote hablar con tanto embeleso de las imágenes que te sugerían el canto y la garganta privilegiada de aquella vienesa siempre joven y hermosa, pensé en reanudar nuestra vieja amistad interrumpida desde hace tantos años y confiarte los misterios de un descubrimiento al que le preveo un brillante futuro. Tú puedes colaborar, si quieres, para llevar esto a feliz término...

El pianista lo miró indeciso:

—No te entiendo...

—Me entenderás enseguida, dijo el ingeniero mientras invitaba cortesmente a su amigo para que se sentara de nuevo. —En el experimento de hoy sólo has visto la mixtificación, la farsa. En realidad, esta ha sido una verificación necesaria antes de dar un nuevo paso en el camino abierto por este invento. La finalidad de mis investigaciones no es sólo la de **concentrar** una melodía hasta el límite de las posibilidades, grabarla y registrarla, así como lo has podido comprobar, por los centros nerviosos. Con la ayuda de este aparato he registrado una serie de ruidos cortos, gritos, estridencias y chirridos, y he analizado todo es-



to disminuyendo al máximum su velocidad normal. Pues bien, en muchos casos he encontrado acordes y armonías sorprendentes. ¿Sabes a qué conclusión he llegado? La naturaleza ha inspirado a los hombres en sus creaciones musicales mucho más allá de lo que podría pensarse. El murmullo de las aguas, el silbido del viento, el rumor de las arboledas, el chirrido de los grillos, el trino de los pájaros, todas estas cosas entrañan elementos musicales "concentrados" que son registrados en los centros auditivos de las personas dotadas de especial sensibilidad y, pasándolos por el filtro de esa sensibilidad nos los devuelven en una visión nueva bajo la forma de una composición. ¡Su "Pablo Suárez" es la Naturaleza, el más grande y más original de todos los compositores!

—Pocos son, empero, los así dotados para captar las armonías de los ruidos de la naturaleza y por eso la música no se encuentra tan enriquecida como podría estarlo. Con la ayuda de mi aparato, más sensible que el oído humano y fundado en otros principios, actuando sobre zonas más extensas del cerebro, se puede llenar en parte esta laguna de la naturaleza humana. Yo he seleccionado aquí un cierto número de ruidos que contienen acordes musicales que tú desconoces; cierto es que están mezclados con muchas disonancias, pero esto no importa. Quiero hacértelos escuchar con la ayuda del aparato así como lo hice con la "Serenata Castellana". Intenta, con base en lo que oigas, componer algunas melodías. Así podremos verificar la hipótesis que te acabo de exponer, perfeccionar el aparato y mejorar los métodos de trabajo... Tú posees ya una peculiar sensibilidad para oír "al tacto"... ¿Quieres? ¡Vamos, dí que sí!... No te enojés por la broma de hoy... Tú sabes que un hombre puede sólo llevar a feliz culminación partes de una realización total pero, para que esta realización sea íntegra y duradera, deben unirse los esfuerzos: debe hacer colaboración. Juntos, podremos sin duda ofrecerle a la humanidad la posibilidad de conquistar siquiera una pequeña parte del gran piélago desconocido y de enriquecer el patrimonio de la más popular de las artes...

A medida que Crisán hablaba, la frente del pianista se despejaba y sus rasgos volvían a serenarse. En su interior ya había aceptado la propuesta del ingeniero, aunque en su mente aún revoloteaban ciertas dudas. Acercándose al aparato, lo miró largamente:

—No sé si lo que me estás diciendo es absolutamente real y posible, o refleja tan sólo la fantasía de un soñador. Pero estoy seguro de una cosa: ¡los sordos te bendecirán!...

—Gracias por habérmelo recordado... Y Aurel Crisán, cogiendo un destornillador, se acercó a otro aparato en el que había trabajado la víspera. El pianista siguió sus movimientos, lleno de curiosidad:

—¿Qué estás construyendo ahí?

—¿Qué te parece? —¡Quiero también proporcionarles un poco de alegría a los ciegos!...

La noche había empezado a extender su negro manto sobre la ciudad, cuando Poenaru decidió marcharse. Desde la puerta lo recibieron las luces, el ruido de la calle, el movimiento. Como si no hubiera vivido desde la infancia en medio de este tumulto, se paró por un momento desorientado, miró indeciso hacia la izquierda y hacia la derecha, luego empezó a caminar sin rumbo, dejando que sus pensamientos

vagaran libremente por la inconmensurable inmensidad de sus dominios. Atravesó el puente sobre el río Bega y penetró en el viejo parque donde, bajo las copas frescas de los árboles frondosos serpenteaban rústicos senderos entre matas de lilas y jacintos. Parejas de trasnochados apuraban el paso hacia lugares más transitados, siguiendo con mirada preocupada las nubes que se elevaban por encima de la ciudad, pregonando tormenta.

Un silencio extraño se tendió sobre el parque dejando escuchar cualquier ruido con limpidez desacostumbrada. En alguna parte sonaron unos tambores. Poenaru se paró, retuvo la respiración y escuchó atentamente. No eran tambores sino truenos lejanos, precursores de lo que se avecinaba. Sobre el puente, sonaban rítmicamente los pasos de alguien, con resonancia metálica. Enredándose en las raíces de un sauce, el agua chapoteaba en sordina, con acentos de pesar, acompañada por el suave murmullo de las hojas. Un grillo chirrió prolongadamente desde un matorral cercano y entonces, en el cerebro del pianista, cual fuego de artificios encendido por una chispa, estallaron, de todos los instrumentos de una orquesta gigante, los monumentales acordes de una extraordinaria sinfonía que nadie había escuchado jamás. Extrañado, Poenaru se paró sin atreverse a interrumpir, así fuera sólo con el pensamiento o con la respiración, tan inesperado desbordamiento de armonías. Intentando grabarse en la mente el tema principal de la melodía, reinició la marcha hacia su casa, donde lo esperaba el piano, convencido de que, por esta vez, no habría de por medio ninguna mixtificación sino, como se lo había dicho el ingeniero, quién sabe qué misterioso acorde musical de la Naturaleza que había originado una reacción en cadena de toda la Creación.

Sólo una vez se paró Poenaru antes de salir del parque. Lo perseguía la imagen de su amigo, su alta silueta, su perfil como arrancado de un medallón. Vuelta su mirada por última vez hacia la casa de Aurel Crisán, el mago de los nuevos tiempos, no pudo dominarse y exclamó sonriendo misteriosamente:

—“¡El Hechicero!...”.